

Año III · Buenos Aires, Julio y Agosto 1917 · Nº 12





HUGO PELLET LASTRA

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

COONSIDERACIONES SOBRE EL CARACTER Y LOS ANTECEDENTES COLONIALES DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA.

· Será incluido en el estudio de la Iglesia de la Compañía de Jesús en la Manzana Jesuítica de la ciudad de Córdoba ·

CAPITULO II

INFLUENCIA JESUÍTICA EN LOS EDIFICIOS RELIGIOSOS – PARTIDO ARQUITECTURAL – FORMAS CONSTRUCTIVAS – MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

Los jesuitas se distinguieron en Córdoba, como en todas partes donde actuaron, por la magnitud de sus empresas, la importancia de sus construcciones y el es-

fuerzo que ellas evidencian. Por todo ello, ha sido su obra tradicional y duradera.

Desde la instalación de la Compañía en el Paraguay y durante sus incursiones sucesivas hacia la antigua provincia del Tu-

cumán, aparece en esas comarcas una arquitectura religiosa netamente jesuítica.

Sus templos recuerdan la primera fundación de la Compañía de Jesús en Roma, cuyas líneas, de un renacimiento armonioso, se deben a Vignola.

La difusión de los principios y proporciones clásicas de la arquitectura, estuvo en un tiempo a cargo del arquitecto P. Primoli, y del contraamaestre P. Bianchi, y revelan el propósito progresista y civilizador de la Orden, de construir sus templos de acuerdo con las leyes que el cristianismo dictaba, dándoles, dentro de la medida de lo posible, toda la importancia de las fundaciones europeas. Es justo, pues, reconocer cualquiera sea el grado de religiosidad del observador, el espíritu denodado que guiaba a aquellos esforzados misioneros al internarse en territorio desconocido y vivir entre salvajes una existencia que pudo haber sido mejor, sin duda, en el regazo de las fuentes civilizadoras. Algo tiene, por eso, la fundación jesuítica, que impresiona hondamente al que se coloca bajo sus sólidas bóvedas y dirige, entonces, el pensamiento y su imaginación hacia el tiempo en que todo aquello fue forjado, época en que los medios no eran propicios y en que sus autores sólo disponían del bagaje ofrecido por la naturaleza.

Los P.P. Misioneros al instalarse en diversas regiones de la nueva América, suplieron la falta absoluta de elementos con una buena voluntad y un poder místico que les permitió afrontar cruentos sacrificios.

Ellos crearon los materiales y proyectaron sus obras consiguiendo paulatinamente elevar sobre la llanura indígena las construcciones y los medios de subsistencia que los ponían, en cierto modo, dentro de las exigencias requeridas por el relativo progreso alcanzado en su época. Pródiga fue la naturaleza brindándole a la vez que los factores indispensables, la ayuda eficaz del indio, al que, por lo demás, supieron encaminar por la senda del trabajo.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Toda fundación jesuítica se caracteriza por elementos casi invariables, que intervienen en la composición de sus planos: local destinado al culto, constituido por la iglesia y sus dependencias, tratado en cruz latina siguiendo el programa de la iglesia de Jesús en Roma, que ya hemos mencionado; habitaciones de la Orden ubicadas sobre el claustro característico, amplio y bien abovedado, lugar de místico recogimiento, dotado en su parte central de un jardín con floridos naranjos y plantas tropicales; habitación y escuela de novicios; oratorio privado; habitación de indios esclavos y locales de penitencia. Cuando disponían de espacio suficiente agregaban a este acabado conjunto huertas y estancias que, como en Santa Catalina, por ejemplo, contribuían al mantenimiento de la dilatada población con que contaba.

Al tratar cada una de estas fundaciones haremos oportunamente la descripción de tan interesantes elementos.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

La iglesia de la Compañía; la de Santa Catalina en Ascochinga; la de San Isidro en Jesús María; la de Alta Gracia y la Catedral de Córdoba, denotan todas ellas, en la composición de su planta, la misma inspiración de la iglesia del Jesús en Roma, creada por Vignola para ser el primer templo que poseyó la Compañía. Este tipo es, por la trascendencia de los nuevos conceptos que maduró el Renacimiento, casi inmutable en la iglesia católica de la época moderna y según Marcel Raymond la obra de Vignola tiene, como méritos esenciales, los de ser particularmente adaptada a las ceremonias del culto, de constituir una construcción muy simple y muy económica y de conformarse a su carácter más notable, cuál era el deseo de obtener grandes espacios libres.

De la simple observación de las plantas de iglesias que construyó la Compañía en Córdoba se desprende que los arquitectos jesuitas que intervienen en su fundación conocían los principios establecidos por Vignola, y por tanto planearon sus construcciones de acuerdo con bases estudiadas, substrayéndose, a pesar de lo que en contrario se ha afirmado, a una corriente de inspiración que bajara del Perú hacia Buenos Aires como algunos pretenden, y que dejara en la docta ciudad elementos de arquitectura peruana; lo cual no podemos, por consiguiente, reconocer en modo alguno, pues no hemos comprobado sobre el terreno la tesis respectiva o indicio que permitan sustentarla.

Las proporciones de la nave central y del crucero varían en cada una de las iglesias de acuerdo con la importancia de las mismas.

El ángulo macizo que soporta las pechinas formando las bases de la media naranja de la cúpula central, en la intersección de la nave y el crucero, son todas ellas, mas o menos monumentales de acuerdo con la grandiosidad constructiva que cada uno de los templos requiera.

La estructura general de estas iglesias está basada en sanos principios constructivos y de lógica ejecución. Las plantas interpretan con claridad las exigencias del corte transversal y los empujes de las bóvedas; éstos últimos, bien localizados, se pierden en macizos quizá algo superabundantes, pero en construcción perfecta. En pocas palabras, el interés constructivo se reconcentra en la nave central, el crucero, la cúpula y la composición de los puntos de apoyo que con mayor claridad se observa en las plantas que reproducimos.

•○○○○○○○○•



REVISTA DE ARQUITECTURA



Dik da Díaz

CAPITULO III CONVENTO DE SANTA CATALINA

El convento de Santa catalina fue la fundación donde los jesuitas, alojaron un noviciado y sus esclavos y fue el centro de la gran estancia donde establecieron sus haciendas.

En esa región levantaron, pues, el convento y la iglesia, sencilla y elegante, coronada por altas torres, con su fachada de arquitectura movida, respondiendo a una inspiración churrigueresca de la península hispánica.

En la campana, que todavía se conserva y que fue dedicada a la santa cuyo nombre adoptaron como denominación de la histórica iglesia, se encuentra inscripto el año de la instalación: 1690.

En la importante empresa colaboraron 250 esclavos y entre sus directores se destaca la memoria del historiador Lozano, cuya celda se ha mantenido intacta.

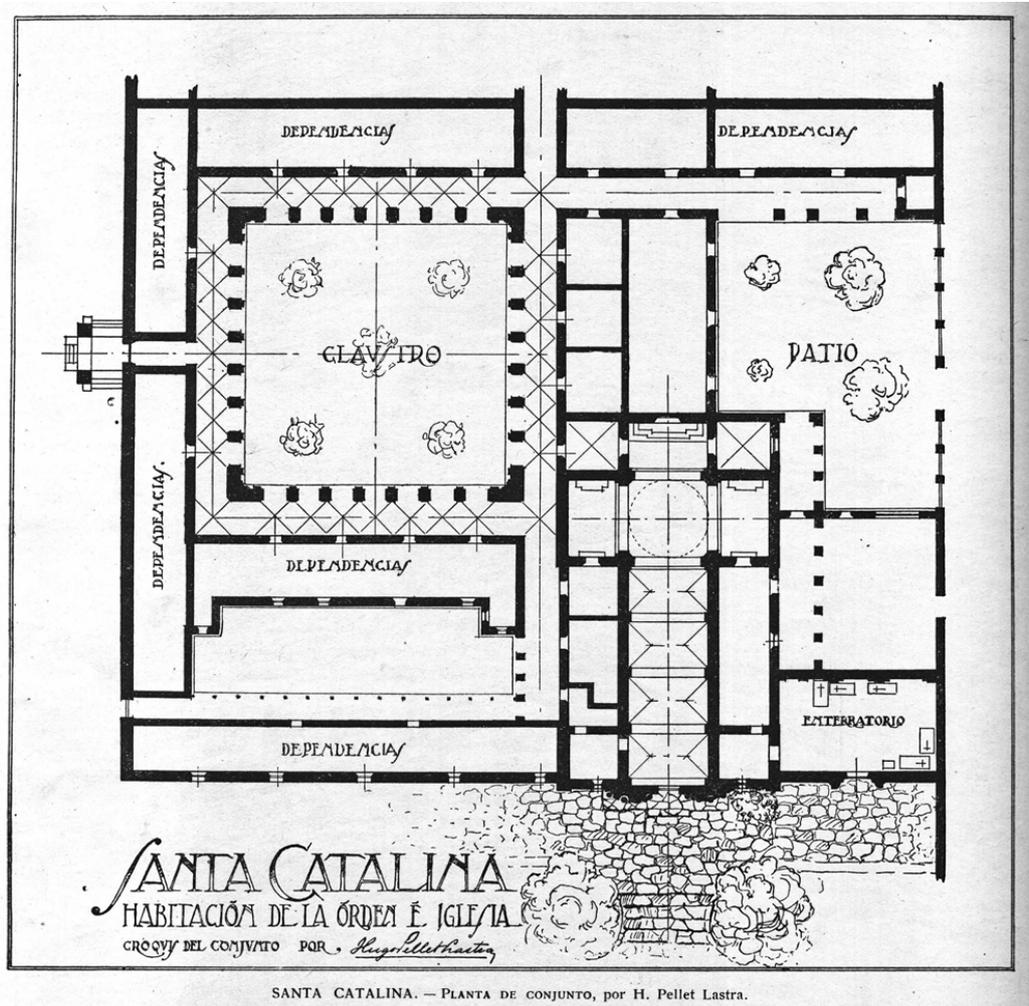
Un siglo más tarde se hizo cargo del edificio y de sus adyacencias, la autoridad del virreinato y una de las primeras disposiciones fue ordenar el traslado a la Catedral de Córdoba del rico y aristocrático del púlpito. Simultáneamente se enajenaron en pública subasta las tierras de la posesión que abarcaba, como todavía comprenden, varios pueblos y villas, pasando, por tanto, desde entonces a diversas manos e iniciándose la subdivisión que, en razón del tiempo y de los repartos impuestos por ley civil, se ha ido acentuando de generación en generación. Pero la iglesia se ha perpetuado como una joya representativa de la civilización que la alzó y tal circunstancia permite su prolijo análisis.

A su izquierda se halla el cementerio con su elegante pórtico, uno de los más admirables de la arquitectura colonial en Córdoba. A su derecha, la habitación de la orden, con su claustro a pórticos de líneas clásicas bien estudiadas. Hacia el fondo se levantan la habitación de los indios, los locales de penitencia y la bien provista huerta, Este conjunto tan completo se explica si se tiene en cuenta que la población del convento llegó, en cierta época, a tres mil almas y que una de las misiones primordiales fue la conversión de indios de las dilatadas comarcas vecinas.

La iglesia del convento es, por la justeza de sus proporciones y por la sobriedad clásica de sus líneas, la obra más arquitectónica que levantaron los jesuitas en Córdoba.



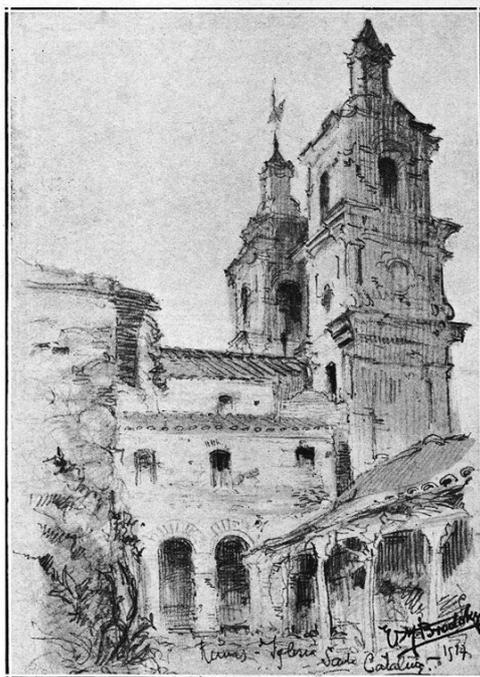
Aunque sus pequeñas proporciones restringen su carácter monumental, la armonía de su cúpula y la justa proporción entre la altura de sus naves y la luz de sus bóvedas con respecto a los espacios cubiertos, hacen que su estudio resalte una enseñanza de las normas clásicas. El perfilado de la cornisa interior, aunque rudimentario, llena correctamente su fin de enlace entre la parte recta del muro y la bóveda.



SANTA CATALINA. — PLANTA DE CONJUNTO, por H. Pellet Lastra.



SANTA CATALINA. — CROQUIS DEL CORTE LONGITUDINAL, por H. Pellet Lastra.



SANTA CATALINA. — LOS CAMPANARIOS, por V. Meyer Brodsky.

Los tres tramos que comprende la nave, desde el coro alto hasta el crucero, están separadas por pilastras cuyo capitel lo forma la misma moldura del entablamento y su estructura, así como la de los entrepaños, es lisa y blanqueada a la cal y tiene, como único detalle ornamental, el constituido por cuadros animados por motivos bíblicos.

En cada brazo del crucero se levanta un altar de mampostería de orden corintio, coronado por ornamentos que muy bien podrían pertenecer al estilo rococó. Hacia el fondo de la nave central se levanta el interesante retablo de madera tallada, cuya obra se atribuye a los indios bajo la dirección de expertos jesuitas. En una lámina que publicamos con fotografías del convento se observará el paño de madera de la parte inferior del altar, cuya talla admirable acusa motivos de trascendencia indígena. Contiguo a la iglesia se visita el claustro de la Orden, con entrada independiente sobre la fachada lateral del convento. Su forma es rectangular con siete pórticos por lado,

correspondiendo en su interior, a cada uno, una bóveda de intersección de cañón corrido.

La parte central del claustro esta adornada con jardines que, si bien ahora se ven algo abandonados, parecen haber constituido en otros tiempos un armonioso conjunto de naranjos y plantas regionales.

ooooo

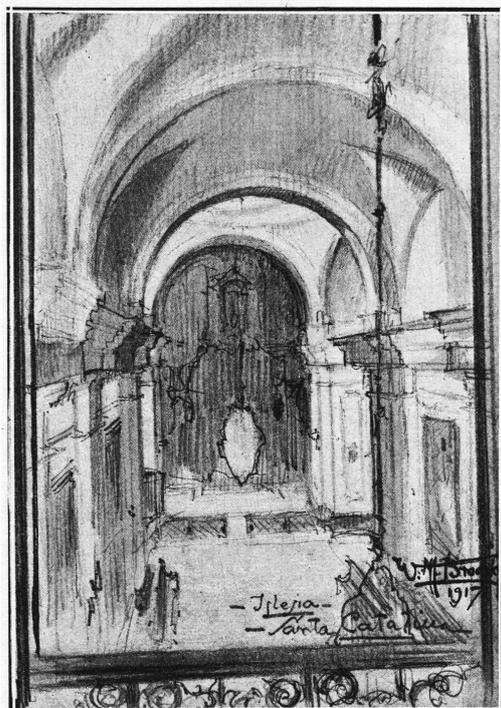
Este convento, así como del de Jesús María, representaban entonces la base de reducción de los indios y el sostén de la Compañía en la provincia y puede, en consecuencia, atribuirse a ambas posesiones los caracteres de una vida de actividad antes bien que las trazas de una existencia de aislamiento y reclusión. A ello se debe, también, la sencilla sobriedad y la ausencia de riquezas en sus templos y fue, también, exigencia de las mismas causas el que dieran mayor extensión a sus edificios.

En general, el plan de fundación jesuítica es, en Córdoba como en todas partes, casi invariable. Los misioneros al marchar hacia la selva indígena llevaron, desde el foco civilizador hacia aquellos ignotos rumbos los mismos principios y las mismas ideas. Luego, las únicas variantes que pudo operarse en la arquitectura de sus conventos fueron las exigencias por la diversidad de elementos, por la influencia del medio y por la calidad espiritual que distingue forzosamente, entre autores de la misma procedencia, a un temperamento de otro.

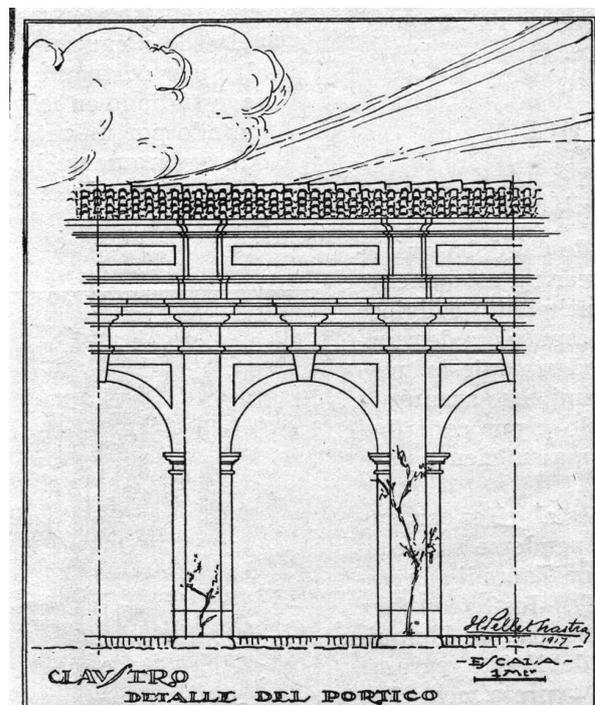


SANTA CATALINA. — ENTRADA AL ENTERRATORIO.
por V. Meyer Brodsky.

No existe, dentro de líneas definidas una arquitectura original en edificios religiosos de Córdoba, sin duda. Pero algo hay en ellos que los caracteriza y vincula, elevándolos a la categoría de una honrosa tradición de nuestro suelo e imponiéndolos a la posteridad como reliquias venerables y testimonio del arraigo de la civilización aportada por los primeros y tenaces pobladores de esta parte de América.



SANTA CATALINA. — VISTA INTERIOR, por V. Meyer Brodsky.



SANTA CATALINA. — CLAUSTRO, DETALLE DEL PÓRTICO,
por H. Pellet Lastra.



Fuente :
REVISTA DE ARQUITECTURA
Año III · Buenos Aires, julio y agosto 1917 · Nº 12

Investigación:
www.capillasytemplos.com.ar